

CRISTINA NAVARRO

El ajedrez visual de Cristina Navarro

Existe, sin duda, toda una interna musicalidad en las propuestas visuales de Cristina Navarro. Diríase, incluso, que al asumir como estructura compositiva esa persistente demarcación simétrica y regular del espacio pictórico que le es tan característico no hace sino establecer de una manera *a priori* las bases de esa pautada presentación que domina, en principio, todas sus obras.

Las virtuales teselas de ese «mosaico» vienen, así, a constituir los elementos mínimos — convertidos en módulos de la propia estructura— cuya clave combinatoria constituye precisamente el código regulador de su personal lenguaje.

¿No funciona acaso este entramado geométrico de manera análoga —*mutatis mutandis*— a como lo hace el propio pentagrama en la asignación de los valores respectivos en las notaciones musicales?

Es en ese concreto marco estructurador donde van a ir rítmicamente compensándose los símbolos y grafismos, los pequeños campos cromáticos y sus respectivos contrastes. Y es que nada puede quedar así en manos del mero azar. Hasta la aplicación de la pincelada en cada celdilla deviene, por sí mismo, algo relevante, en la justa medida en que se homogeneiza o destaca en relación a todos los demás elementos que configuran el entorno.

Más de una vez he pensado, ante las minuciosas obras de Cristina Navarro, en un virtual y enigmático juego de ajedrez cuyas reglas nos fueran vedadas, para sólo ofrecernos —en cada momento/composición— el resultado visual concreto de la correspondiente «jugada».

Juego de la imaginación que se enraíza directamente en los valores perceptivos de las diminutas formas y de los colores, como si un determinado grafismo o un detallado icono pudiese saltar de una posición a otra, sustituyendo la espiral por el triángulo, la letra por la media luna, el círculo por la flecha o la estrella por la línea zigzagueante...

Otras veces parecen sumarse —entre sí— las superficies mismas, determinadas por la estructura, en un puzzle de equilibradas veleidades compositivas, para generar configuraciones de mayores dimensiones espaciales dentro de la interna relación del conjunto global.

¿No se ha sentido, a menudo, la tentación de extraer de esos paneles los módulos respectivos para — transformados de cuadrados en cubos— poder jugar a un rompecabezas combinatorio?

En realidad Cristina Navarro, al colocar en el centro de la sala una pirámide de tales cubos, con diferentes valores en sus caras, ya está —ella misma— propiciando ese equívoco como incitación a intervenir en el posible juego de la creación.

Con su singularizador lenguaje, Cristina Navarro manifiesta toda la dialéctica que simultáneamente pueden establecer entre sí la «opción estructural» —como punto de partida compositivo— y la «libertad combinatoria» —como estrategia diferenciadora de las respectivas opciones a que dan lugar sus planteamientos—. En esa alternancia se fundamentan precisamente sus hallazgos, llenos de sensibilidad y sutileza plástica.

Es posible, además, que en sus más recientes trabajos Cristina Navarro haya buscado, asimismo, una mayor viveza en las selecciones cromáticas, eliminando cualquier rasgo de monotonía y procurando también enriquecer, incluso, el repertorio de sus recursos iconográficos. El caso es que se evidencia en el conjunto de sus últimas obras un lenguaje tocado de creciente vitalidad y con mucho más versátiles formulaciones estéticas.